

El peso de la tradición

Javier Hernández Sinde

La India es una inmensa caldera y aquel que cae en ella está condenado a permanecer para siempre.

OCTAVIO PAZ

Desde hace unos años India se ha convertido, junto con otros países asiáticos, principalmente China, en el ejemplo a seguir en cuanto a modelo de desarrollo. Economistas, políticos, medios de comunicación y escuelas de negocios nos hablan del milagro indio, de su crecimiento económico, de sus centros de desarrollo de *software*, de sus grandes empresas con presencia en todo el mundo y de la excelencia de los profesionales de ese país. Todo esto es cierto y los hechos son innegables pero la pregunta es si esa India que despierta tanta admiración podrá transformar a esa otra hermana suya, el Indostán milenario, el subcontinente de más de mil millones de habitantes de los que más del cincuenta por ciento viven por debajo de lo que se considera nivel de pobreza.

Hace veintidós años que viajé a India por primera vez y luego he vuelto en varias ocasiones. Como a muchos otros viajeros la India me ha atrapado y sé que siempre volveré a ella pero en todos esos años no he visto el cambio que la describe como un gigante económico.

El hilo conductor de las distintas fuerzas que hacen inmutable a la India es su religión principal y cada vez más dominante, el hinduismo.

El hinduismo llegó a la India con las invasiones arias hacia el año 2000 a.C. Es una religión sin fundador y sin un libro sagrado central y puede considerarse un conjunto de creencias filosóficas y míticas con ciertos denominadores comunes más que una religión en sí. No es proselitista ni admite la conversión, se nace hindú.

Desde sus orígenes, el hinduismo ha sido un cuerpo teológico muy complejo. Sus primeros textos religiosos, los cuatro Vedas, están escritos en sánscrito y recogen las creencias y rituales de los pueblos arios que llegaron a las cuencas del Indo y más tarde se asentaron en las del Ganges. Tomando como origen los Vedas antiguos, aparecen

sobre el 600 a.C. los Upanisads que contienen las enseñanzas consideradas esenciales y que habían sido desarrolladas en los círculos cerrados de los principales maestros. Estos textos iniciales se complementaron en nuestra era con las grandes epopeyas hindúes; el *Mahabharata* y el *Ramayana*. Libros épicos que describen las hazañas de dioses y héroes con intenciones didácticas y de transmisión de un pensamiento filosófico.

Al contrario de otras religiones que tienen un cuerpo central de enseñanza, como pueden ser la *Biblia* o el *Corán*, el hinduismo presenta múltiples textos que son difíciles de seguir si no es mediante un estudio profundo. Esto ha hecho que los hindúes interpreten su religión en función de su origen geográfico, enseñanzas familiares y tradiciones locales. La religión ha evolucionado hacia lo que Pasolini describió como “una neurosis mística”, algo abstracto que se lleva a la práctica como una forma de vida con reglas y creencias de profundo calado en la sociedad.

Las fuerzas a las que antes me refería, que hacen la India inmutable, no están definidas exactamente en su religión, pero la complejidad de ésta hace que la sociedad haya adoptado una forma de vida tradicional que se considera como algo inherente a la aplicación en la vida diaria de parte de sus principios religiosos.

EL TIEMPO

Una de estas fuerzas es el concepto del tiempo.

Occidente considera al tiempo como algo lineal, una evolución permanente de las cosas que nos lleva hacia situaciones nuevas donde el pasado queda irremediablemente atrás. Independientemente de nuestra nostalgia de ese pasado y de nuestros miedos hacia el futuro, el tiempo es en Occidente un término positivo.

Nadie pone en duda que futuro es “progreso”. Que el tiempo inevitablemente nos lleva a un mundo mejor, casi

a pesar nuestro. Se oyen pocas voces recordando que en la historia ha habido periodos de retroceso, tanto desde el punto de vista de lo que entendemos por bienestar, como del conocimiento científico o del pensamiento filosófico moderno.

Esta idea del tiempo nos hace desear frenéticamente estar en el futuro, querer el cambio. No prestamos atención al presente y por supuesto ignoramos el pasado. Sólo nos interesa ese futuro de progreso y felicidad prometida.

Esta idea es muy diferente en la India. Para el hinduismo la perfección esta en la permanencia. La mutación y el cambio sólo denotan la carencia de perfección. El círculo es el ideal, no la linealidad. El círculo que vuelve al punto de partida y consolida la permanencia.

Los ciclos cósmicos corresponden con el sueño del dios principal del hinduismo, Brahma. El mundo se crea con su sueño y desaparece periódicamente cuando él despierta. Somos el sueño de Brahma, una irrealidad. Por eso el tiempo es considerado como una ilusión, *maya* en la terminología hindú.

Ilusión del tiempo e ideal de permanencia o como mucho de evolución cíclica para llegar al punto de partida. ¿A quién puede interesarle el cambio?

EL DESTINO

Los cuatro fines de la vida del hindú son *artha*, *kama*, *dharma* y *moksha*. *Artha* tiene relación con el mundo material, trabajo, negocio. *Kama* con el sensual. *Dharma* con el sentido del deber y las obligaciones y *Moksha*, el estado más puro, con el de la liberación de las reencarnaciones. Todo en el hinduismo se enfoca al objetivo final del *moksha*, el estado perfecto en el que uno se libra del ciclo terrible de las reencarnaciones.

Los seres vivos mueren y se reencarnan. La pureza y el nivel de la reencarnación dependen de cómo se han seguido los preceptos hinduistas de la vida anterior. Pero lo más importante es que la situación en la que se encuentra una persona, sana, enferma, rica o pobre es responsabilidad única de ella misma y sus comportamientos en vidas pasadas. Es el *karma*. Nadie, sino uno mismo, es responsable de lo que nos está ocurriendo, es nuestro *karma*, nuestro destino.

El concepto del *karma* hace a la sociedad sumisa. El individuo pierde la fuerza de quejarse por su situación actual y la acepta como el resultado de un destino construido con sus propias acciones pasadas.

Esto no quiere decir que una parte de la sociedad india no sienta el deseo de cambio. También han vivido procesos de protesta y lucha, sin duda el más importante el de la independencia. Pero la idea de un presente merecido y del que no se puede escapar pesa todavía enormemente en el alma de la India.

LAS CASTAS

El origen de las castas se remonta a la llegada de los arios al Indostán. Se piensa que estas tribus centroeuropeas ya traían con ellos una separación social relacionada con sus creencias religiosas que dividían a los dioses en tres categorías: dioses rectores del orden cósmico, dioses guerreros y dioses que preservan y mantienen la actividad cotidiana del cosmos.

La invasión de la India supuso también el encuentro con los pueblos dravídicos que la habitaban, pueblos con rasgos étnicos diferentes que fueron esclavizados o desplazados por los arios y que dieron origen a una cuarta división de la sociedad.

La sociedad quedó así dividida en cuatro castas principales: *Brahmanes* o sacerdotes, *Chatrias* o guerreros, *Vaisas* o comerciantes y *Sudras* o campesinos, obreros y sirvientes.

La casta no tiene un significado relacionado con la posición social tal como lo entendemos en Occidente sino con el nivel de pureza del individuo. *Brahmanes* y *Chatrias* son las castas superiores y más puras, pero es frecuente que miembros de otras castas dispongan de mejores niveles de vida y mayores recursos económicos.

La casta está íntimamente relacionada con la idea de que lo importante es el desarrollo colectivo por encima del individual. Mientras que nuestra sociedad nos inculca la búsqueda de nuestros objetivos como individuos entendiendo que con esa búsqueda se acabará produciendo también el bien general a través de la “mano invisible” que describió Adam Smith, en la India el individuo sólo es entendible dentro de la colectividad.

Así la casta va unida a factores de territorio, lengua, profesión e incluso dieta. El sistema genérico de cuatro castas se subdivide en miles de ellas en función de las circunstancias anteriores.

Cada persona nace vive y muere en una subcasta en función de su *karma*. Se relaciona principalmente con los otros miembros de ella, se casa dentro de la casta y sigue los preceptos religiosos específicos de su grupo. Cada subcasta tiene su panteón de dioses y su liturgia.

La casta ha contribuido a la estabilidad y cohesión de la India frente al dominio musulmán e inglés. También ha sido la base sobre la que se ha mantenido y fortalecido el balance social. Frente a cualquier fenómeno desestabilizador del frágil equilibrio indio aparece la casta como una fuerza gravitatoria que mantiene la unidad.

El sentimiento generalizado del individuo es de orgullo por su origen y por su casta, ésta le protege; no desea el cambio. Nadie la abandona salvo si ha elegido el camino del ascetismo mendicante.

De esta forma la casta se convierte en un pilar de inmutabilidad de la sociedad india más profunda.



© Javier Hernández Sandoval

Fuera del sistema de castas se encuentran los intocables, los *dalits*, término que significa oprimido en hindi. Ciento cincuenta millones de seres condenados, en su mayoría, a realizar los peores trabajos y aquellos considerados como impuros. Masas humanas que deambulan por el país como fantasmas. Hileras de cuerpos durmiendo en las calles de las principales ciudades. Miradas dulces. Ausencia de violencia. Resignación. *Karma*.

Gandhi les llamó “hijos de Dios” (*harijans*) y dijo que en caso de reencarnar le gustaría hacerlo en uno de ellos para compartir vida y sufrimientos, entenderlos y ayudarles a liberarse.

La situación de los intocables preocupa desde hace tiempo a los gobiernos de la India. Las constituciones de 1947 y 1950 eliminaron las condiciones de discriminación de facto o las creadas por diversos decretos promulgados por el gobierno británico en los años 1930 y 1931 en los que se establecían las normas de comportamiento que debían seguir los que no tenían casta.

Oficialmente no hay división. Los intocables acceden a las escuelas, universidades y a los cargos políticos, pero siguen existiendo en algunos estados focos hindúes ultra conservadores que se oponen a esta igualdad. Se va avanzando en la eliminación de diferencias, aunque habrá que ver todavía si esos avances son sólo gotas que se diluyen en el inmenso mar que es la India.

Pier Paolo Pasolini dice en su libro de viajes *El olor de la India*: “cada vez que en la India se deja a una persona, se tiene la sensación de estar dejando a un moribundo a punto de ahogarse entre los pecios de un naufragio. No se puede soportar largo tiempo esa situación. A estas alturas todo el recorrido de la India a mis espaldas esta-

ba sembrado de náufragos que ni siquiera tendían las manos hacia mí”.

LA MUJER

Para que un país avance en el sendero del bienestar económico y de los derechos generalizados es necesario contar con la participación activa y sin discriminación de toda la sociedad.

En relación con el papel de la mujer, la India es enormemente contradictoria. El noventa por ciento de las mujeres trabajan y la relevancia de la madre anciana nos podría hacer pensar en un matriarcado, pero la mujer india está muy lejos de tener un papel de igualdad. Por supuesto que aumenta la estadística de mujeres en puestos de relevancia, en cargos públicos, en empresas privadas, en la universidad y en el entorno internacional, pero una vez más esos números desaparecen cuando se recorre la inmensidad real de las ciudades, las aldeas y los campos del país.

La mayor parte de los matrimonios siguen siendo concertados, en las áreas rurales casi al cien por ciento. La mujer se incorpora después de la boda a la familia del marido lo que le quita libertad de actuación dejándola a merced de los deseos e intereses de su familia política.

La dote está abolida por ley pero sigue siendo un requisito imprescindible exigido a la familia de la novia. Las dotes acaban representando una importante carga económica para las familias con varias hijas por lo que el nacimiento de una niña no es algo generalmente deseado. Con los avances de la medicina y la difusión de la



ecografía se disparó el número de abortos hasta el punto de que en algunos estados se ha avanzado legalmente para la prohibición de determinar el sexo del feto.

Las organizaciones de la sociedad civil denuncian constantemente el asesinato de mujeres casadas supuestamente por el interés del marido en una nueva boda con la dote consiguiente.

No es algo de lo que sea fácil hablar en la India. Cualquier pregunta sobre el tema suele ser esquivada o contestada como si fuese una leyenda negra que se ha difundido sobre el país por los medios de comunicación extranjeros sensacionalistas. Pero cada día las *oenejés* denuncian nuevos casos, muchos de ellos ignorados por las autoridades judiciales.

La discriminación es milenaria. En el código de Manu escrito en el 200 a.C., y en el que se establecía de forma oficial y se clasificaba el sistema de castas, se lee “desde el nacimiento a la muerte la mujer tiene siempre una clara dependencia del hombre: durante la infancia del padre, en la juventud del marido y en la vejez de los hijos”.

LA TRADICIÓN Y EL PROGRESO

No es fácil entender este inmenso país en el que conviven las principales religiones del mundo con sus conflictos a flor de piel, sobre todo hindúes y musulmanes. En el que se hablan ciento setenta y nueve lenguas consideradas como mayas, donde el hindi y el inglés tratan de ser los elementos lingüísticos de la unidad, pero un alto porcentaje de la población no los habla.

Los nuevos centros de peregrinación Bangalore y Hyderabad responden a otra religión, la de la tecnología que debe llevarnos al progreso, pero todavía son pocos sus fieles. La India sigue siendo un fenómeno de masas, de multitudes. Jamás se está solo en la India. Las vidas de millones de seres te sobrepasan y te retan. Cuando recorres las aldeas no encuentras ningún síntoma del *boom* indio

que tanto admira Occidente, tampoco en las calles de las grandes ciudades cuando al caer la noche se convierten en un gigantesco dormitorio al aire libre.

No esperemos encontrar en India modelos de desarrollo basados en polos económicos como los de Shangai o Singapur. El desafío indio está en la mejora de las condiciones de vida de su sociedad desde las bases. India dispone de seis veces más universitarios que China, pero mientras que el analfabetismo en este país es inferior al veinte por ciento en India ronda el cincuenta. La clase media, motor de desarrollo de la sociedad moderna, apenas representa en India alrededor del quince por ciento de su población.

Las fuerzas de la tradición soportadas en principios religiosos se oponen al cambio que emana de las nuevas mecánicas tecnológicas. Si se produce algún cambio significativo y generalizado creo que será fácilmente consecuencia de iniciativas como las del reciente Premio Nobel de la Paz Muhammad Yunus y su banco el Grameen Bank o como la de llevar a la práctica las teorías del catedrático de la universidad de Michigan, C.K. Prahalad. Ambos apuestan por la creatividad y la innovación económica que trabaje directamente en millones de pequeños proyectos dirigidos a la población de menores recursos.

No me atrevo a juzgar nada ni a opinar sobre cuál es el camino que se debería seguir. Todos los análisis inevitablemente los hacemos bajo nuestros prejuicios y nuestras ópticas que no son válidas para las sociedades diferentes. Como casi todos los viajeros que “conocen” el país, me limito a ser un observador curioso de otra realidad. Es esa dificultad de entenderla lo que nos hace siempre volver.

Indira Gandhi dijo a Occidente, “no queráis comparar India con vuestro mundo. India es diferente, y aunque esto os resulte exasperante, nosotros queremos seguir siendo diferentes. Y he aquí nuestro secreto: la aceptación de la vida en toda su plenitud, tanto en lo positivo como en lo negativo”. **U**